



ALBERTO DE AGOSTINI

TREINTA AÑOS EN
Tierra del Fuego

EDICIONES EUSER

CAPÍTULO XIV

LOS FUEGUINOS

División racial de los fueguinos - Origen étnico de las tres estirpes fueguinas: alacalufes, yámanas o yaganes y onas - Los fueguinos en la historia de las exploraciones - La persecución de los indígenas - Mons. Fagnano funda las misiones salesianas - Apuntes antropológicos y etnográficos de los indios alacalufes, yámanas y onas - Conclusión.

DEJARÍA incompleto el grandioso panorama de la Tierra del Fuego si no presentara e hiciera resaltar al ser humano que durante muchos siglos fue señor absoluto en ella, y cuya vida sencilla y primitiva armonizaba admirablemente con la salvaje virginidad de la naturaleza, mientras encarnaba — en la diversidad de las razas y de su misma estructura física — los diferentes y opuestos aspectos del archipiélago fueguino.

Los indígenas que habitaban la Tierra del Fuego fueron conocidos durante varios siglos con el único nombre de fueguinos, de significado únicamente geográfico y no racial. Solamente en la segunda mitad del siglo pasado, cuando se efectuaron los viajes de la *Adventure* y de la *Beagle* al mando de Fitz Roy, y llegaron los primeros misioneros, los indígenas de la Tierra del Fuego fueron clasificados definitivamente en tres distintas ramas: alacalufes, yámanas o yaganes y onas.

Los alacalufes y yámanas, vivían en las islas occidentales y australes del archipiélago fueguino; los primeros desde la isla Stewart, situada algo al sudeste de la península Brecknock, hasta los canales occidentales de la Patagonia, al norte del Estrecho de Magallanes; y los segundos en el canal Beagle y en el intrincado

sistema de islas desparramadas al sur del mismo, hasta el lejano grupo de las Hermite.

Ambos pertenecían al grupo de los llamados *indios canoeros* porque pasaban gran parte de su vida en los canales con sus canoas, dedicados a la pesca.

Los indígenas onas, con su pequeña ramificación haush, ocupaban el sector nordeste de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, limitado al norte por el Estrecho de Magallanes y al este por el océano Atlántico, y constituían el grupo de indios "de a pie", porque vivían en la estepa cazando animales silvestres.

Los indios pedestres de la Tierra del Fuego onas-haushes, y los indios canoeros alacalufes-yámanas, formaban dos grupos raciales completamente distintos por sus caracteres somáticos y por sus costumbres. En cuanto a la lengua, se trata de tres familias lingüísticas distintas.

En esta diferenciación racial en la extremidad de las tierras habitadas del continente americano, la prioridad cronológica pertenece a los canoeros.

Según los estudios efectuados por el antropólogo Prof. Imbelloni, los indios canoeros junto con los habitantes de la costa marítima brasiliana y los prehistóricos de Arica y Coquimbo, constituyen los últimos supervivientes de una formación humana con afinidades tasmanoides, que cubrió un tiempo gran parte de las costas y cúspides del continente.

Imbelloni en su clasificación de los aborígenes americanos distingue a estos indígenas con el nombre general de *fuéguidos*, en atención al nombre de Fueguia, donde se han conservado por mayor tiempo.

Los onas representan el jalón meridional de la formación denominada *pámpide* por el mismo autor y poseen hábitos corporales y patrimoniales similares a los de los antiguos patagones ¹.

El interés que despertaron en los primeros navegantes los salvajes que encontraron a lo largo de las costas de la Tierra del Fuego se destaca en las páginas que les dedicaron en sus diarios de navegación.

Juan Ladrillero, en su muy atrevido viaje a través de los canales occidentales del Estrecho de Magallanes, describe, ya en 1558, el aspecto miserable y la vida de los indígenas, los actuales alacalufes, que encontró numerosos en su camino. Avanzando después hacia la desembocadura occidental del Estrecho, hasta su primera

¹ José Imbelloni: *Culturas indígenas de la Tierra del Fuego*, Buenos Aires, 1936.

angostura, conoció a los indios patagones o tehuelches, que le produjeron no poca maravilla por su gigantesca estatura y por su desarrollo intelectual, que él juzgó muy superior al de los indios encontrados en los canales.

Pedro Sarmiento de Gamboa (1580) es el primer navegante que descubrió a los indios onas, mientras reconocía la costa norte de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, a lo largo del Estrecho de Magallanes. En la relación que nos dejó de sus viajes, describe el extraordinario desarrollo físico y la fuerza de aquellos indígenas, que llama siempre *gente grande*. Y para que llegara hasta la posteridad el recuerdo de su encuentro con los indios, llamó precisamente la bahía donde por primera vez los vió, con el nombre de *Gente Grande*, que se ha conservado inalterable hasta el presente².

John Narborough (1670), en su diario de navegación, nos da a conocer minuciosamente la miserable condición de los salvajes que habitaban el Estrecho de Magallanes y algunas islas al sur del mismo, a los que hizo muchos regalos esperando en vano el oro que los europeos creían que abundaba tanto en aquellas tierras.

Casi un siglo después, el navegante francés Antonio de Bougainville (1765-1769), en numerosos viajes que hizo al Estrecho de Magallanes y canales adyacentes, para proveer de madera a las Islas Malvinas, donde había fundado una colonia francesa, se detiene en interesantes estudios y observaciones sobre la vida y carácter de los indígenas que encontró en el Estrecho de Magallanes, los cuales, dice, fueron llamados *Pecherats* (amigos) porque ésta fue la primera palabra que ellos pronunciaron cuando los encontró.

Nuevas e importantes noticias sobre las costumbres de aquellos salvajes que por su desnudez, su degradación y especialmente su hambre, demostraron ser los hombres más miserables del mundo, nos las dan los ingleses John Byron, Samuel Vallis y Felipe Carteret, que en aquella misma época exploraron el Estrecho de Magallanes y los canales occidentales de la Tierra del Fuego.

Mucha importancia tienen las descripciones del famoso navegante James Cook sobre las costumbres de los onas-haushes, a los que conoció y estudió en la bahía Buen Suceso el año 1769, cuando realizaba su primer viaje de circunnavegación en la nave *Endevour*.

En aquel encuentro quedó sorprendido al averiguar que estos salvajes "sin otra habitación más que una miserable choza hecha

² Pedro Sarmiento de Gamboa: *Relación y derrotero del viaje de descubrimiento del Estrecho Madre de Dios, antes llamado de Magallanes*. Madrid, Imprenta Real, 1768, págs. 245-246.

de troncos y de matas secas, en la que el viento, la nieve y el agua penetraban por todas partes, casi desnudos, sin ninguna comodidad ni siquiera las que pueden ser proporcionadas por el arte más rústico, sin ningún medio para prepararse el alimento, vivían felices y contentos sin demostrar ningún deseo de otras cosas además de aquellas que tenían”³.

En su segundo viaje alrededor del mundo, Cook se detuvo algún tiempo en la bahía Natales (*Christmas B.*) al suroeste del archipiélago fueguino, donde tuvo la oportunidad de conocer las costumbres de los indios yámanas, “cuyo aspecto, escribe, acusa la miseria y la suciedad más horribles. Son pequeños, flacos, y despiden un hedor insoportable; tienen las espaldas y el pecho largos y huesudos, y el resto del cuerpo es tan débil que, observando separadamente las diferentes partes, nos resistimos a creer que sean de la misma persona, pues sus piernas son encorvadas y las rodillas de un grandor desproporcionado”.

“Todos los que fueron en el primer viaje con la nave *Endeavour* convienen en decir que los indígenas que habían visto en la bahía Buen Suceso vivían más cómodamente y más felices que éstos: su estatura era más elevada, usaban un calzado que defendía sus pies; eran, en fin, más comunicativos y tenían alguna idea de civilización. Estos, en cambio, eran tan torpes, tan indolentes y miserables, que no querían o no podían defenderse del rigor del clima”⁴.

Después de éstos, casi todos los navegantes que se acercaron a aquellas costas se detuvieron a hacer descripciones más o menos atendibles de los indios fueguinos, pero se limitaron a su aspecto, alimentación, armas y utensilios, sin hacer mención alguna de cuanto se refiere a su lengua, ordenamiento civil y método de vida.

Quien con mayor discernimiento y verosimilitud reunió numerosas noticias de los indios del Estrecho de Magallanes fue D. Antonio de Córdoba (1785-1789). Leyendo las páginas de aquella relación, se encuentran los mismos usos, las mismas costumbres de los actuales indios, sin que podamos reconocer el menor asomo de progreso o mejoramiento en su cultura e industria. Tenemos, pues, ya desde fines del siglo XVIII, una descripción casi completa de los usos y costumbres de los indios de los canales, pero sin

³ Cfr. Jacques Cook: *Relation d'un voyage fait autour du monde (1769-70-71)* Tome II, pág. 287.

⁴ Cfr. Jacques Cook: *Voyage dans l'Hémisphere austral et autour du monde. (1772-73-74-75)*. Tome IV, pág. 34.

la menor idea de investigaciones para determinar sus caracteres étnicos, especialmente por el estudio de su lengua.

La primera indicación, aunque incompleta, sobre los caracteres específicos de su raza, nos la da el célebre explorador Fitz Roy, que tuvo más largo contacto que ningún otro con los habitantes del archipiélago fueguino (1831-1836).

El clasifica en cuatro tribus los indígenas de la Tierra del Fuego, según el nombre con que ellos mismos solían distinguirse, de *Yacana-Kunny*, *Tekeenica*, *Alikhoolip* y *Pecheray*, haciendo importantes observaciones sobre las diferencias culturales y físicas de estas tribus y sobre su lengua.

Todos, pues, si exceptuamos los datos incompletos de Sarmiento, nos dejaron sin noticias de los indios onas, que residían en la parte oriental de la Tierra del Fuego, y que eran muy numerosos y distintos de los otros.

Solamente Fitz Roy, que los avistó en el cabo Peñas y en la bahía Buen Suceso, los señala con los nombres de *Oensmen* y *Yacana-Kunny*, añadiendo que son físicamente superiores a los otros fueguinos, y que se parecen mucho por su aspecto y estatura a los indios patagones.

La ignorancia u olvido de una raza tan importante se debe al hecho de que las costas orientales de la Isla Grande de la Tierra del Fuego, donde ellos habitaban, eran evitadas por todas las naves por los peligros que presentaban, pues estaban inexploradas, sin puertos y llenas de bajíos, y por el temor que infundían los indios.

Cuando se establecieron los misioneros anglicanos en las islas australes a ruegos de Fitz Roy, que deseaba ardientemente la civilización de aquellos indios, emprendieron un estudio amplio y prolijo de la lengua y costumbres de los salvajes, y fueron clasificados los habitantes de aquel vasto archipiélago en tres diferentes estirpes: alacalufes, yámanas o yaganes y onas⁵.

Los onas que conocieron los misioneros anglicanos eran los que residían en las playas del canal Beagle, junto a Harberton; muy pocos, a decir verdad, en comparación de las numerosas tribus que vivían, completamente desconocidas, en la zona pampeana de la Isla Grande, en cuyo interior ningún viajero había osado penetrar.

⁵ La palabra "yagan" deriva de "Yaga", nombre con el cual los indígenas designaban el Paso Murray, donde solían reunirse la mayor parte de las tribus de esta raza, y fue adoptada por los misioneros protestantes cuando establecieron su misión en este lugar.

"Yámana" significa hombre, persona de la propia raza, y era el nombre que se daban a sí mismos.

Fitz Roy los había denominado "tekeenica".

Un modesto explorador chileno, el capitán Serrano Montaner, fue el primero que hizo una larga excursión por la parte septentrional de la Tierra del Fuego, en los meses de enero y febrero de 1879, desde la bahía Gente Grande hasta la bahía San Sebastián, pasando por la bahía Inútil.

Efectuó Serrano este viaje pacíficamente, a través de las numerosas tribus de onas, los cuales huían cuando se acercaba; pero, vencidos su natural desconfianza y temor, pudo tratar con ellos y conocer perfectamente sus costumbres.

En la narración de su viaje afirma el capitán Serrano que estos indios tenían el mismo aspecto que los patagones, pero sus músculos estaban más desarrollados y más proporcionados todos los miembros de su cuerpo. También notó que era más uniforme su estatura que la de los patagones, los cuales habían perdido indudablemente mucho de la belleza de la raza, desde que se convirtieron en jinetes perpetuos.

La expedición argentina, capitaneada por D. Ramón Lista, que en 1886 exploraba la vertiente oriental de la Tierra del Fuego, desde la bahía San Sebastián a la bahía Thetis, arrojó nueva luz sobre los indios onas y vino a confirmar las aseveraciones de Serrano acerca de la superioridad de la estirpe ona sobre sus vecinas la alacalufe y la yámana, desmintiendo de una vez para siempre la errónea afirmación de que era una raza embrutecida y bárbara.

A esta expedición estaba incorporado como capellán militar el sacerdote misionero salesiano D. José Fagnano, que más tarde debía unir para siempre su nombre al de estas tierras, como apóstol y defensor de aquellos infelices salvajes.

Habiendo desembarcado Lista en la bahía San Sebastián, se encontró pocos días después, durante una exploración por los alrededores, con una numerosísima tribu de indios que inmediatamente mandó perseguir para tomarlos prisioneros. Viéndose amenazados pusiéronse los salvajes, como era natural, en actitud de defensa, lanzando flechas contra los invasores. Este acto de hostilidad fue considerado más que suficiente para que el capitán se creyera con derecho a hacer uso de las armas.

En pocos minutos, después de fuego concentrado, quedaron deshechos los pobres indios: 28 muertos sobre el terreno, y muchos heridos, entre ellos algunas mujeres y niños ⁶.

⁶ En esta circunstancia dio a conocer su ánimo ardiente y animoso de apóstol don José Fagnano que, despreciando el peligro a que exponía su vida, reprochó enérgicamente al jefe de la expedición, Lista, el delito que acababa de cometer.

En estos términos refiere el hecho un ilustre comandante de la marina argen-

Por las lisonjeras descripciones que publicaron sobre la fertilidad de la región explorada, estas dos expediciones abrieron nuevo horizonte de prosperidad y de progreso a aquella isla, que había sido considerada estéril hasta entonces, y la invadió muy pronto una infinidad de aventureros, sobre todo buscadores de oro, y estancieros en busca de riquezas que trataban de allegarlas por todos los medios.

Víctimas de esa ley de la civilización moderna que hace prevalecer el derecho del más fuerte, los indios se vieron muy pronto obligados a ceder el terreno a los nuevos conquistadores y abandonar para siempre su tierra natal, que había visto durante muchos siglos multiplicarse sus generaciones.

Huyendo de la persecución se retiraron a las regiones del sur, donde los numerosos pantanos y las tupidas florestas hacían difícil el acceso a los civilizados. Los actos de crueldad y sevicia que se perpetraron contra los indios onas desde que los hombres blancos penetraron en aquellas regiones, y que tanto ha contribuido a la rápida extinción de una raza inofensiva y vigorosa, pasarán a la posteridad como una mancha vergonzosa de la civilización.

Exploradores, estancieros y militares no tuvieron escrúpulos en descargar sus máuseres contra los infelices indios, como si se tratase de otras tantas fieras o de piezas de caza, y arrancar del lado de los maridos y los padres a las mujeres y a las niñas para exponerlas a todos los vituperios. Algunos fueron separados de sus hogares para llevarlos a tierras extrañas con el pretexto de la ciencia, y exhibirlos como los seres más degenerados del género humano.

Para justificar estos actos de barbarie, la fantasía de los civilizados forjó exageradas descripciones de emboscadas, ataques mortíferos por parte de los indios y horribles escenas de matanza y

tina: "Nos encontrábamos en la Tierra del Fuego en una exploración científico-militar, a la cabeza de la cual estaba el señor Lista. De carácter duro y violento, había éste mandado hacer fuego contra un grupo de pobres indios; algunos de los cuales cayeron para no levantarse más. El sacerdote Fagnano, que era el Capellán de la expedición, corrió inmediatamente al oír los disparos al lugar del suceso. Allí encontró al jefe, a 25 soldados y a algunos infelices indios heridos, que lanzaban lastimosas quejas. El sacerdote Fagnano se convirtió entonces en héroe. Acercóse resuelto al jefe de la expedición y con francas palabras le increpó su delito. Temíamos nosotros por su vida, pues ora ardía el jefe en cólera, ora palidecía ante el varón de Dios, que en medio de aquellas soledades, levantábase como un profeta para condenar la crueldad del soldado. Tenía a sus órdenes 25 fusiles, que a una simple señal se descargarían contra el pecho de aquel valiente. En aquel momento comprendí que monseñor Fagnano era un verdadero héroe, digno de admiración" (Carbajal, *L.: Las Misiones salesianas*, pág. 111).

saqueo, mientras en realidad el indio ona jamás se demostró belicoso sino para tutelar sus bienes, sus tierras y su familia. Nunca fue sanguinario; tan sólo cuando se vio tomado de mira por los blancos, se vengó por represalia, y a veces terriblemente.

A tal punto llegó en el invasor el desprecio y el odio contra los indígenas que, para librarse definitivamente de ellos, pues eran obstáculo para la multiplicación de sus ovejas, pagaba una libra esterlina por cada cabeza humana o por cada par de orejas que se le presentara.

Otros, en cambio, en nombre de la ciencia los mataban como fieras, para enriquecer los museos de Londres o de París. Y como los indios para saciar el hambre acostumbraban comer sin repugnancia también los animales muertos que encontraban por el campo, hubo quien envenenó grandes trozos de carne con estricnina para terminar más fácilmente su obra inicua de exterminio.

Cito aquí un caso documentado de esta refinada crueldad humana.

En el año 1887 en las vecindades de la bahía Gente Grande un ovejero refirió al administrador de una estancia que los indios habían cortado el alambrado y se habían llevado una piña de ovejas. El administrador dio orden inmediatamente a un grupo de guardianes que buscasen la huella de los fugitivos y los alcanzaran. Así sucedió: en pocas horas pudieron los pastores avistar de lejos a los indios, los cuales arreando delante de ellos las ovejas, ya estaban por penetrar en el bosque. Apenas los onas advirtieron que eran perseguidos, no siéndoles posible huir con las ovejas, les quebraron las piernas para que no pudieran fugarse y así ellos habrían podido comerlas más tarde. Cuando los guardianes alcanzaron a las ovejas los onas ya se habían escondido en la floresta. Volviendo sobre sus pasos, fueron a comunicarle al administrador el mal éxito de su cometido.

Por la mente del administrador cruzó entonces una idea satánicamente cruel. Llamó a sus hombres y les ordenó que volvieran a aquel lugar e inocularan entre la piel y la carne de los animales una buena dosis de estricnina. La orden fue cumplida en el acto y las ovejas murieron por la poderosa acción del veneno. Al día siguiente volvieron los onas con sus familias sin sospecha alguna al lugar en que habían dejado las ovejas e hicieron un opíparo banquete. Unas horas después los ovejeros hallaron en el lugar unos cincuenta cadáveres contorsionados por el espasmo atroz de los dolores sufridos en una desgarradora agonía.

Innumerables episodios dolorosos registra la historia de la per-

secución contra los salvajes en la Tierra del Fuego que creo superfluo citar.

Aunque fueran manifiestos y reprochables los graves daños que los indígenas, en la lucha por su existencia, causaban a los estancieros con la matanza de las costosas ovejas importadas, no les era lícito a ellos usar medios tan inhumanos de destrucción y de muerte, ya sea porque los animales cazados (guanacos blancos) se encontraban en un terreno propiedad de los indígenas, ya sea porque los salvajes eran también nuestros hermanos, criaturas de Dios, sensibles como nosotros a los gozos y a los dolores, tanto más dignos de compasión y de ayuda cuanto más miserables e ignorantes.

En este triste y rápido declinar de la raza fueguina cupo a los Misioneros Salesianos el noble, aunque ingrato, papel de defender al indígena contra el blanco invasor, al débil contra el pionero audaz e inteligente, ávido de ganancias, al cual sonreía una fácil e inmensa fortuna en la conquista de aquellas tierras, hasta entonces dominio absoluto de los indios onas.

El mérito principal de esta obra bienhechora de protección y asistencia a la infeliz raza fueguina perseguida, corresponde al Ilmo. Mons. José Fagnano, el gran apóstol de la Tierra del Fuego⁷.

En este general desconocimiento de todo sentimiento humanitario hacia los infelices indios, que oprimidos e incapaces de hacer valer sus derechos, sufrían angustias de muerte, este hombre de gran corazón, este sacerdote magnánimo, se puso decididamente a su lado para defenderlos y protegerlos, y en nombre de la religión y de la civilización verdadera tomó a pecho su causa, hizo lo posible para poner un freno a aquella persecución y ofreció un asilo tranquilo y seguro a los desventurados indios.

La robustez de la persona física, una férrea voluntad y el valor a toda prueba se unían a una gran bondad de ánimo y a una caridad ardiente para hacer de él un verdadero misionero de Cristo en aquellas remotas regiones, donde la rigidez del clima y la furia de los elementos parecían haberse unido, particularmente en aquella época, a la maldad de los hombres para quebrantar el ánimo más valiente.

Para llevar a cabo su arduo y grandioso programa, tuvo que someterse a largos y penosísimos viajes, ya al interior de la Tierra del Fuego, ya a las abruptas costas y a los borrascosos canales has-

⁷ Monseñor don José Fagnano, Prefecto apostólico de la Patagonia meridional y Tierra del Fuego, nació en Rocchetta Tanaro (Piamonte, Italia) el 9 de marzo de 1843. Falleció en Santiago de Chile el 18 de setiembre de 1916.



La antigua misión Salesiana de San Rafael en la isla Dawson

ta el Cabo de Hornos, logrando así conocer a fondo las tres estirpes de indios que lo habitaban.

En estos viajes Mons. Fagnano pudo formarse una idea clara y exacta de las condiciones y necesidades de los indios, de su número y lugar de residencia, para poder con mayor acierto elegir el sitio donde más convenía fundar el primer centro.

La localidad que Mons. Fagnano designó para abrir la proyectada primera misión fue la isla Dawson, por su feliz ubicación en medio del Estrecho y por su proximidad a Punta Arenas. Obtenida del Gobierno chileno la cesión de la isla por veinte años, iniciaba Mons. Fagnano en febrero de 1889 su obra de caridad en Puerto Harris, situado en la vertiente oriental de la isla, edificando una capilla, varias escuelas y pequeñas casas para los indígenas.

Apenas abierta la Misión afluyeron de todas partes en gran número los indios onas y alacalufes que huían de la persecución de los blancos y se acogían al trato caritativo de los *Padres buenos*, a cuyo lado tenían la seguridad de encontrar protección y alimento.

“A muchos de estos infelices, escribe el misionero P. M. Borgatello, yo mismo he visto llegar a la Misión horriblemente mutilados. Uno había perdido un brazo, otro una pierna, un tercero una mano. Una niña de quince años tenía una rodilla quebrada por un balazo; un joven sobre los veinte años había tenido el estómago atravesado de parte a parte por un balazo y alcanzó todavía a sanar.” El número de los indios iba cada día aumentando. Los refugiados en la Misión de San Rafael, en la isla Dawson, superaron algunas veces los quinientos y los de la Misión de la Candelaria en Río Grande, los cuatrocientos.

Fácil es comprender los enormes gastos a que tuvo que hacer frente Mons. Fagnano para proveer a su mantenimiento: gastos que crecieron de tal manera que no habría podido superar su crítica situación financiera, si la generosidad de unos bienhechores no hubiera acudido en su socorro.

Coadyuvado por unos cuantos misioneros y por un grupo de Hermanas de María Auxiliadora, que con las escuelas, los laboratorios y la instrucción religiosa contribuyeron eficazísimamente al bienestar material y espiritual de las personas de su sexo, después de enormes sacrificios, Mons. Fagnano pudo ver coronados sus nobilísimos deseos. En efecto, poco a poco aquellos misérrimos nativos tan despreciados por los civilizados, suavizaron, bajo el benéfico influjo de la religión, sus indómitas pasiones; vencieron su natural indolencia y dejadez, adquiriendo hábitos de trabajo, y aprendieron con gran apego las verdades religiosas hasta convertirse en fervorosos cristianos, modelos de bondad y de virtud. Quien ha visto u oído hablar de sus muertes verdaderamente edificantes, no podrá menos que bendecir los designios de la Providencia que, sirviéndose de los hijos de Don Bosco, ha hecho brillar los esplendores de la fe en esta desgraciada raza en agonía⁸.

A esta Misión de la isla Dawson se añadió, a principios de 1893, otra en la costa oriental de la Tierra del Fuego, cerca del Río Grande, cuya fundación se vio obstaculizada, como hemos visto en el capítulo anterior, por dificultades sin cuento.

Algunos años después, un voraz incendio destruyó el grandioso edificio de esta Misión, que fue reconstruido al sur del cabo Domingo y enriquecido como el primero, con dos colegios, varios

⁸ Cfr. Maggiorino Borgatello: *Fiori Magellanici*, S. E. I., Torino, 1925.

laboratorios para ambos sexos, una iglesia y numerosas casitas para los indígenas.

La obra benéfica que ejercieron los misioneros salesianos en favor de los indios no fue tan sólo protectora, sino también redentora. Los hombres adultos se encargaban de las labores del campo y en modo particular del pastoreo, en el que se distinguían por su pericia; y las mujeres, dirigidas por las Hermanas, se dedicaban a los quehaceres domésticos y especialmente a tejer lana.

Los niños pasaban su tiempo alternativamente en trabajos manuales, en juegos y en algunas horas de escuela, a la que se mostraban muy aficionados, alcanzando con relativa facilidad a aprender a escribir y hacer cuentas.

Era sorprendente ver la facilidad con que aprendían las lenguas extranjeras, demostrando también disposiciones y mucha inclinación para la música. Los misioneros ya desde los primeros tiempos lograron organizar una banda de música instrumental que fue a Punta Arenas en setiembre de 1894 para participar en las fiestas patrias, cuando esta ciudad no tenía todavía banda alguna.



El presidente de Chile Don Federico Errázuriz en la misión Salesiana de la isla Dawson



Hermana de María Auxiliadora (Sor Rufino) que enseña a tejer a una india ona. Sor Luisa Rufino recibió el 2 de junio de 1949 del Presidente de Chile la condecoración al mérito Bernardo O'Higgins por sus 60 años de apostolado entre la juventud patagónica y los indios de Tierra del Fuego

La amplia obra civilizadora y humanitaria llevada a cabo por las Misiones Salesianas fue reconocida por muchos ilustres personajes que las han visitado personalmente y que expresaron sobre ellas los conceptos más justicieros y laudatorios.

Me limitaré a citar el muy autorizado juicio del célebre explorador Dr. Otto Nordenskjöld: "Los únicos sitios donde pueden todavía mantenerse los indios en contacto con la civilización, llevando una vida bastante parecida a la suya propia, son los establecimientos de los Padres Salesianos de Río Grande y de la isla Dawson. Después de la visita que yo hice con mis compañeros a las Misiones de Río Grande y de la isla Dawson, creo poder afirmar, de acuerdo con la opinión de distinguidos viajeros que visitaron aquellas regiones en la misma época, que esta obra se presenta como una de las más filantrópicas"⁹.

Después de veinte años de vida intensa y laboriosa consagrada a auxiliar a los indios, dado el exiguo y cada día menor número de éstos, habiendo terminado el plazo de concesión otorgado por el Gobierno chileno, la Misión de la isla Dawson fue definitivamente abandonada en 1912, trasladando a la de Río Grande los pocos indios que todavía quedaban. Es ésta la única Misión que todavía existe; pero, habiéndose extinguido totalmente los indígenas onas, fue trasformada en escuela agropecuaria que recoge, en edificios modernos, a un centenar de niños de la población de Río Grande y de la zona cercana.

Es verdaderamente impresionante la rapidez con que se han extinguido los indígenas de la Tierra del Fuego.

La población yámana se calculaba en 1883 en tres mil personas. Pero, según la acreditada opinión de la expedición de *La Romanche*, que en dicha época visitaba todos los lugares en que residían, ese número se reducía apenas a mil personas, calculados a ojo por el número de canoas vistas y el de indios que podía contener cada una.

El misionero inglés Tomás Bridges hizo, en 1884, un censo más exacto de los yámanas, y hacía subir su número a 945 individuos; pero, apenas dos años después quedó reducido este número a casi la mitad, a causa de una epidemia de sarampión que hizo estragos, y de año en año fueron disminuyendo hasta desaparecer completamente.

Más difícil resulta establecer el número de los alacalufes, porque es una raza que huye del hombre civilizado y se esconde en los numerosos e intrincados canales occidentales, donde los blancos no

⁹ Otto Nordenskjöld: *Op. cit.*, páginas 164-5.

penetran para nada. T. Bridges en 1880 calculaba su número en unos tres mil, y en mil el año 1900. Hoy no pasarán de un centenar de individuos, según los datos recogidos personalmente por los que periódicamente frecuentan aquellos lugares.

Antes de la llegada de los blancos también los onas formaban un importante núcleo de población que en 1880 llegaba a 3.600 habitantes (Bridges) y en 1891 a 2.000 (Julio Popper); pero este número ha ido rápidamente disminuyendo año tras año, hasta extinguirse del todo.

Las causas de la rápida extinción de estos indígenas, que durante siglos habían podido resistir victoriosos las continuas intemperies de un clima rígido y borrascoso, luchando con mil penalidades y ardidés para proporcionarse alimento mezquino y muchas veces insuficiente, deben buscarse únicamente en su contacto con los blancos, que en la segunda mitad del siglo pasado se hizo más frecuente. La sangre de estos indígenas, simple, pura, no se hallaba inmunizada como la de los civilizados a través de muchos siglos de permanente lucha contra los gérmenes, bacilos y microbios de muchas enfermedades, y por eso sucumbió con toda facilidad al primer contacto con los blancos.

Nuestro modo de vestir, de comer y vivir entre las paredes de una casa debilitó su organismo acostumbrado a una vida al aire libre, expuesta a todas las intemperies de un clima constantemente frío y rígido.

Los primeros que sufrieron el pernicioso influjo de los civilizados fueron los yámanas y los alacalufes, que vivían en los canales donde era más frecuente el paso de naves de tráfico comercial.

De ellos contrajeron numerosas enfermedades, como la tuberculosis, el sarampión y la escarlatina, que causaron espantosa mortandad; de ellos aprendieron el abuso de los licores que quebrantaron su robusta fibra y fomentaron en ellos otros muchos vicios que hicieron bajar aun más su escaso nivel moral.

Aventureros de la peor ralea, buscadores de oro y loberos cometieron impunemente acciones nefandas contra estos infelices e indefensos indios a los que remataban después bárbaramente a tiros.

Para los onas el principal agente de su rápida decadencia fue la despiadada e incesante persecución de los estancieros, los que habiendo conseguido de los respectivos gobiernos argentino y chileno la propiedad de las tierras por ellos ocupadas, querían a toda costa librarse de los salvajes que constituían un estorbo y un peligro.

Con la ocupación de esta vastísima zona de terreno, la más rica en animales de caza de la Tierra del Fuego, los indígenas fue-



Indígena yámana pescando con el arpón

ron obligados a retirarse a los bosques y montañas del sur, donde era muy difícil la vida, encontrándose en la necesidad de alimentarse con el *guanaco blanco* (la oveja) que el *Koliot* (extranjero) había importado en sus tierras.

Esta apropiación a que tenían derecho los indios, porque los animales cazados se encontraban en terreno de su pertenencia, fue considerada por el blanco como un robo y dio pretexto más que plausible para correr a la caza del indio. Empezó así una lucha asidua y feroz contra estos pobres naturales, como si se tratara de fieras. Los indios reaccionaron defendiéndose con el arco y la flecha, mas sus armas eran débiles frente a las del enemigo y bien pronto cayeron aniquilados por las balas de los blancos.

De estas tres estirpes daremos aquí algunos datos etnográficos en los estrechos límites que nos consiente la índole de nuestro trabajo.

Los yámanas y los alacalufes son propiamente los indios del mar, los canoeros. Pasaban la mayor parte de su vida navegando en los canales en sus canoas, entregados a la pesca de la que sacaban su principal alimento. Sus caracteres físicos y las costumbres eran bastante parecidos, pero su lengua era esencialmente distinta.

Hace pocas decenas de años los alacalufes eran todavía numerosos en el Estrecho de Magallanes y canales adyacentes, pero hoy han desaparecido casi por completo, y quedan apenas algunos grupos de familias que viven en las islas occidentales de la Patagonia, especialmente en las cercanías de puerto Edén.

Su instinto belicoso, su carácter taciturno e indómito los ha mantenido alejados siempre de los civilizados con los cuales tienen únicamente las relaciones rigurosamente necesarias para el comercio, que suele consistir en el cambio de pieles de nutria por artículos alimenticios, bebidas alcohólicas y tabaco ¹⁰.

¹⁰ Tienen la mala reputación de ser traidores y agresivos como lo demuestra el hecho delictuoso sucedido el 3 de setiembre de 1899 en la Misión Salesiana de la isla Dawson, a los pocos meses de su fundación.

Habiéndose dado cuenta un pequeño grupo de indios alacalufes de la bondad y tolerancia que usaba con ellos el padre Pistone, a la sazón director de la Misión, coadyuvado únicamente en aquel momento por el hermano Silvestre, decidieron matar a entrambos para apoderarse de los víveres y huir.

Para conseguir su intento esperaron el momento que los superiores estuvieron separados en el cumplimiento de sus respectivos quehaceres. Divididos en dos grupos de tres hombres cada uno, se presentaron contemporáneamente a los dos religiosos, que estaban en distinto lugar, para ofrecerles una piel de nutria.

Mientras el padre Pistone, sin sospechar nada malo, estaba examinando la piel que le habían ofrecido, uno de los instigadores llamado Antonio, que estaba a su lado, sacando de debajo de sus vestidos un largo cuchillo, le asestó un fuertísimo golpe con la intención de cortarle la cabeza. Pero falló el golpe milagrosamente, porque, habiendo alzado los ojos en ese instante el misionero y viendo brillar el cuchillo, volvió instantáneamente la cabeza y el arma, que debía haberlo herido mortalmente, alcanzó sólo a abrirle un largo tajo en la mandíbula inferior. Dando por fracasado el ataque, los asesinos huyeron apresuradamente.

Al mismo tiempo y con idéntico pretexto, los del otro grupo asaltaban al catequista Silvestre, hiriéndolo gravemente en la frente y en el brazo. Con todo, perdiendo sangre el religioso, con fuerte ánimo corrió a la habitación y, tomando el fusil, hizo dos disparos al aire. Al oír las detonaciones del arma de fuego, los indios huyeron de la Misión. Pocos días después, el hermano Silvestre aprovechando el paso de un pequeño cúter de pescadores que iba a Punta Arenas, se embarcó en él para hacerse curar allí las heridas, pero la embarcación, sorprendida por un violento temporal, fue arrojada a la playa de la bahía Lomas. Los marineros se salvaron a nado, pero el hermano, todavía débil por las heridas, no alcanzó a vencer la fuerza de las olas y pereció miserablemente.

En su aspecto exterior, los alacalufes se presentan más desarrollados que los yámanas (m. 1,66 según Fitz Roy) porque hacen largos viajes a pie y se dedican a la caza del guanaco.

Su voluminosa cabeza está cubierta de negros cabellos, larguísimos, lacios y enmarañados, entre los cuales asoma una cara bronceada, redonda, de pómulos salientes. La nariz es chata, los labios gruesos, los dientes blancos y sanos, la frente angosta, los ojos pequeños y casi siempre negros, vivísimos, llenos de picardía. Su vista es agudísima y pueden ver y precisar a grandes distancias objetos que ni siquiera divisamos nosotros.

Una piel de nutria o de foca, rara vez de guanaco, echada sobre las espaldas y atada al cuello por cordoncillos de tendones de foca, formaba su único vestido; las mujeres llevaban, además, debajo de esta piel otra que les cubrían los senos y las caderas.

En la actualidad, debido a su continuo trato con los civilizados, alternan su vestido con los que reciben en cambio de pieles, resultando grotescos adefesios. A las mujeres les gustan mucho los adornos, que consisten en collares de huesecillos de patas de aves, de minúsculas conchillas violáceas engarzadas en hebras de tendones, o en brazaletes de cuero de foca o de tripa de pescado que llevan fuertemente atados a la muñeca o al tobillo.

Mucho más pobre que el vestido era la habitación, choza construida con gruesas ramas plantadas circularmente en el suelo y convergentes al centro en forma de cúpula, en cuya cúspide dejaban una abertura para dar salida al humo de la lumbre, que tenían siempre encendida.

Cubrían esta armazón, que no solía tener más de dos metros de altura, con pequeñas ramas de haya, y a veces con pieles de foca cosidas entre sí, dejando tan sólo una pequeña entrada del lado opuesto al viento.

Estas chozas que armaban provisoriamente durante sus continuas correrías de una a otra bahía, por mejor situadas que estuviesen, ofrecían bien mezquino descanso a aquellos pobres moradores, expuestos a las continuas intemperies del viento, la lluvia y la nieve.

Pasaban allí las noches sobre un montón de hierbas, tendidos como los radios de un círculo, los unos junto a los otros, entreverados con los perros, haciendo lo posible cada uno para estar lo más cerca posible del fuego en el que recibían terribles quemaduras, que dejaban vestigios en sus miembros para toda la vida.

Compañero inseparable de estos salvajes era el perro, un animal delgado, ágil, muy parecido a la zorra, del que se servían para proporcionarse el sustento en la caza del guanaco, la nutria y las

aves, para lo cual desplegaba gran habilidad y destreza. Además de la activa vigilancia que hacía junto al toldo, les suministraba calor en las heladas noches de invierno, pues el indio se lo colocaba sobre su cuerpo como si fuera un calentador, razón por la cual se le llamaba a este perro "la estufa del fueguino".

No debía, pues, maravillarse que el indio tuviese tanto cariño a su perro y que llorase su muerte como si se tratara de su familia. Estos perros se buscaban ellos mismos su alimento, pues comían moluscos, hierbas y peces que cazaban con mucha habilidad durante la baja marea, debajo de las piedras en las escolleras.

El principal alimento de los alacalufes eran los moluscos que llenan todas aquellas playas, y esto explica su vida errante, pues se veían obligados a cambiar de sitio a medida que aquéllos se iban acabando.

Debiendo preparar el alimento para la familia, a las mujeres les correspondía las duras fatigas de la pesca y la recolección de los moluscos, por lo cual se veían obligadas a entrar en las aguas bajas y sumergirse hasta la cintura para poder sacar de las escolleras las lapas, almejas y peines, que les gustaban mucho y de los cuales hacían gran consumo.

Pero también se alimentaban de aves acuáticas, pingüinos, focas y ballenas — cuando estos cetáceos venían a vararse a la playa —; comían la carne de todos estos animales aunque estuviera ya corrompida y fétida, sin demostrar el menor disgusto ni repugnancia. Usaban de la grasa y del aceite de estos mamíferos marinos para untarse el cuerpo y de aquí el hedor que despedía continuamente el mismo.

También corría por cuenta de la mujer cuanto se refería al cuidado y gobierno de las canoas, en cuyo fondo acurrucadas remaban con pequeñas paletas; sacaban el agua que incesantemente penetraba en las rendijas del miserable casco, y mantenían constantemente encendido el fuego en el centro de la canoa sobre una capa de tierra y arena.

Los hombres se ocupaban tan sólo de algunos trabajos: la construcción de la canoa, de la choza y de las armas de caza y los aparejos de pesca, que consistían en arpones, figas y hondas; y en arcos y flechas para los que vivían donde había guanacos. Las canoas de los alacalufes eran algo más grandes que las de los yámanas y las construían en primavera con la corteza del guindo (*Nothofagus betuloides*) o con troncos gruesos del mismo, laboriosamente vaciados con hachas de piedra.

Cuando emprendían largos viajes, lo hacían siempre con viento

favorable, levantando en la proa una especie de vela hecha con pieles de foca.

Sus facultades intelectuales eran poco desarrolladas; no sabían contar más que hasta tres, y para las cantidades superiores a este número usaban un término general que significaba "mucho".

Gran parte de los viajeros que han visitado el archipiélago de la Tierra del Fuego están concordes en afirmar que los fueguinos no tenían religión alguna. Apoyaban su aserción en el hecho de que estos salvajes no tenían ninguna ceremonia exterior que diera la idea de un culto, ni demostraban tampoco creencia alguna en seres superiores al hombre o en una vida futura. La absoluta reserva de los fueguinos para manifestar cuanto con su religión tiene atinencia, ha sido la causa del error en que esos viajeros cayeron.

Los Misioneros Salesianos, después de haber vivido muchos años con ellos y haberse ganado su confianza, pudieron asegurarse de que estos indígenas tenían una religión.

Los alacalufes creían, en efecto, en un ser bueno, invisible, que llamaban en su lengua *Alep-láyp* o según otros *Arka-Kercis*, al cual le daban gracias cuando, a causa de un naufragio, recibían copioso alimento, o cuando una ballena venía a morir sobre la playa. Tenían también fe en un ser malo: *Alet Ceislaber* o *Taquatú*, ser grandísimo que navegaba día y noche con una gran canoa o caminaba en la floresta o en las montañas, llevándose a las personas que encontraba a su paso. Creían en la vida futura, donde les esperaba, si eran buenos, un bosque delicioso, aves y pájaros, moluscos e innumerables focas; y si eran malos, un pozo profundo, oscuro y lleno de sangre, del que no podían salir más.¹¹

Poco diversas de las de los alacalufes eran las costumbres de los yámanas o yaganes que vivían en la parte sur de la Tierra del Fuego, desde el canal Beagle hasta el Cabo de Hornos.

Su estatura era algo menor que la de los alacalufes (1,58 m. en los varones y 1,47 en las mujeres, según la Romanche-Hyades). Tenían las espaldas y el tronco muy desarrollados, contrastando con las piernas que eran entecas y arqueadas y al andar le daban al cuerpo un movimiento ondulatorio y desmañado. El poco ejercicio que hacían de caminar por tierra, dada su necesidad de vivir casi continuamente acurrucados en sus canoas, les había deformado notablemente las extremidades inferiores, mientras que con el tra-

¹¹ Borgatello, *Op. cit.*

bajo de los remos, su pecho y sus brazos iban adquiriendo notable desarrollo¹².

El vestido, la choza, la canoa y las armas de los yámanas, eran enteramente iguales a las de los alacalufes, pues vivían en una región de idéntica naturaleza y tenían los mismos medios de alimentación.

Los yámanas pasaban, como queda dicho, su vida en las canoas, navegando por el intrincado laberinto de los canales situados al sur del canal Beagle, dedicados a la pesca de moluscos y a la caza de los pingüinos y otras aves y de las focas, que abundan muchísimo, sobre todo entre las abruptas costas del Pacífico. Eran excelentes marinos y desde las islas Wollaston y Hermite, donde eran numerosos, no temían arrojarse en pleno océano con sus frágiles canoas y llegar hasta los islotes Evont y Barnevelt, que distan 15 millas de la costa, para ir a recoger los huevos de las aves acuáticas, muy numerosas allí.

Las mujeres eran hábiles nadadoras y casi insensibles al rigor de las aguas heladas de los canales, donde algunas veces se sumergían a notable profundidad para sacar los ricos mejillones.

El matrimonio era muy precoz entre los yámanas y también entre los alacalufes (12-13 años para las muchachas) y no iba acompañado de ceremonia alguna. No se consultaba a las jóvenes para la elección del marido, porque eran los padres los que las cedían al joven que más les gustaba por sus cualidades físicas o por el mayor provecho que sacaban en regalos (pieles, canoa, etc.).

Antes y después del matrimonio los esposos se abstendían de algunos alimentos, y la mujer solía tomar, después del parto y durante unos días, baños de purificación en las aguas del mar, aun en lo más riguroso del invierno.

Deben considerarse como leyendas las horribles escenas de antropofagia que cuenta Darwin, pues ningún viajero ni misionero que hayan vivido mucho tiempo en constante trato con ellos, han podido comprobar tan grave afirmación. Se comprende cómo se habían acostumbrado a la poligamia, por la necesidad de tener suficientes mujeres que tuvieran el cuidado de las canoas y atendieran a los quehaceres domésticos. No existía entre ellos ningún lazo que mantuviera unidos a los miembros de un grupo o tribu,

¹² Esta considerable desproporción entre las extremidades superiores y las inferiores y su defectuosa configuración la comprobó el doctor Hyades de la Misión francesa al Cabo de Hornos. Hace, sin embargo, observar que si bien es verdad que había en ambos sexos individuos mal formados, flacos y sucios, había también otros que, bien alimentados y aseados, tenían formas regularísimas y agraciadas, apropiadas a su estatura pigmeoide.



El tocado de una india yámana

y que los sujetara a la autoridad de un jefe reconocido. Todos los individuos disfrutaban de la máxima libertad y la reunión de varias familias en una determinada localidad obedecía únicamente al impulso de la misma naturaleza y a las ventajas que ofrecía la vida en común.

El brujo o doctor, llamado *jacomusch*, era el que ejercía, después del jefe de familia, mayor autoridad moral sobre la tribu entera, gracias a sus astucias y charlatanería.

Según las investigaciones hechas por los profesores G. Koppers y M. Gusinde, que vivieron algún tiempo entre los yámanas, éstos profesaban un monoteísmo muy claro y preciso sin mezcla de brujerías y supersticiones. Al ser supremo lo llamaban *Watauninewq*,

el Eterno, el Viejísimo, y también le daban el nombre de *Hitapúan*, que significa "mi padre". Se dirigían a él en todas las circunstancias, sirviéndose de palabras espontáneas o de fórmulas muy viejas, estereotipadas, que se trasmitían de generación en generación. Pero no tributaban ningún acto de culto externo a *Watauninewq*¹⁸.

Aunque era tan dura y miserable la vida de estos salvajes por la pobreza y escasez del vestido, de la alimentación y de la vivienda, en medio de un clima extremadamente rígido y tempestuoso, no puede decirse que se mostraran muy sensibles a nuestras comodidades.

¹⁸ Cfr. G. Koppers: *Unter Feuerland Indianern*, Stuttgart, 1925.



Guerrero yámana

Sin embargo, el estado miserable de su vida, que tan abyectos los hacía aparecer ante el mundo civilizado, no era motivo suficiente para probar su falta de inteligencia. Ninguna oportunidad habían tenido, en efecto, para poder desarrollar sus facultades intelectuales, en una región completamente privada de plantas textiles para hacer alguna aplicación práctica; por esto sus armas, sus canoas, sus adornos y la manera de encender el fuego eran lo más elevado que podían concebir en su mente en el pobre ambiente en que se hallaban.

Pero un hecho positivo que demostraba su proporcionada inteligencia nos lo dio el idioma. Poseían en efecto, los yámanas, una lengua riquísima, la que según los estudios hechos por el misionero anglicano Tomás Bridges, que compuso una gramática y un diccionario de la misma, contiene más de treinta mil voces.

Una raza que poseía tan rico idioma, que demostraba sorprendente facilidad para aprender las lenguas extranjeras, que aprendía en poco tiempo a leer y escribir, y demostraba mucha inclinación y habilidad para las artes y oficios, podía esperar un juicio más favorable que el que de ella hicieron el famoso naturalista Darwin y otros viajeros poco escrupulosos.

En conclusión, más que del desprecio con que los trataron siempre los civilizados, estos indios eran dignos de conmiseración y de auxilio.

De los maravillosos contrastes que la Tierra del Fuego presenta en tan poco espacio reunidos, en el clima y en su constitución física y geológica, el de la raza es el más sorprendente.

Los onas¹⁴, en efecto, que vivían en la región oriental de la Tierra del Fuego, vecinos y en continuo contacto con los indios de los canales, son diametralmente opuestos a éstos por sus caracteres físicos, su lengua y sus costumbres.

Mientras los yámanas y alacalufes son bajos y tienen las piernas deformadas, los onas en cambio se distinguen por su elevada estatura (m. 1,75 en los varones y 1,59 en las mujeres, según los datos de Lehmann-Nitsche), estructura atlética, elegancia y proporción de sus miembros.

Tenían los primeros un carácter triste y taciturno y los segundos eran siempre joviales y expansivos, razón por la cual inspiraban con-

¹⁴ La palabra ona significa en lenguaje yámana "viento del norte". Los yámanas usaban esta palabra para significar también el viento proveniente de la región de los onas. Después, por metonimia, pasó a indicar los indios que vivían en aquella región, y en este sentido la aceptó Bridges, que la recogió de los yámanas. Ellos, sin embargo, se llaman a sí mismos *Shelkan* que significa "hombres".

fianza y se atraían muy pronto la benevolencia de los civilizados.

Mucho se ha discutido sobre los orígenes de esta raza. La opinión hoy día más acreditada es que los onas están emparentados con los tehuelches de la Patagonia, a los cuales se asemejan muchísimo por su aspecto físico, sus costumbres y también por su lengua, que tiene vocablos de sorprendente analogía.

Se dividían en dos grupos: onas del norte o *Kojuká* (Borgatello) y onas del sur o *Shelknam* (Beauvoir) y podría señalar esta división la cuenca del Río Grande y la Sierra de Carmen Silva.

Dividíanse a su vez estos dos grandes grupos en otros menores, que se distinguían con apelativos tomados de los lugares que ocupaban y de sus accidentes: llanura, promontorio, montaña. Los terrenos que cada tribu ocupaba eran considerados de su exclusiva propiedad y ningún otro grupo de indios podía penetrar en ellos sin provocar una pelea.

La lengua en que hablaban los onas era sustancialmente la misma. Había, sin embargo, ligeras variantes regionales que todas las tribus comprendían¹⁵.

El indio ona se imponía a primera vista por la gallardía y virilidad de su figura y por la robustez y perfección de sus miembros, bien desarrollados y al mismo tiempo agraciados, representando en su conjunto el tipo más perfecto del hombre primitivo, sano y robusto, que vivía a la intemperie y se cubría y alimentaba con todo lo que la naturaleza había puesto a su alcance. A desarrollar y mantener esta hermosura física había contribuido eficazmente la alimentación abundante, el constante y regular ejercicio físico a que se sometía cazando, y el clima más seco y saludable que el de la vertiente occidental, donde vivían los alacalufes y yámanas. La estatura de los onas tenía proporciones de gigante, pues llegaba a m. 1,90 con una media para el hombre de 1,75 y 1,60 para la mujer.

El color de la piel era algo bronceado y le daba mucha vivacidad el encarnado de las mejillas, que se observaba en muchos de ellos, y que en las jóvenes formaba su principal atractivo.

Tenían la cabeza grande, la cara aplastada, el cabello negro, espeso y sedoso, algo oblicuos los ojos, negrísimos, muy vivos, semejantes por su forma a los de la raza mongólica; pómulos salientes, la nariz chata, la frente angosta casi oculta por el cabello, la boca grande con labios ordinariamente entreabiertos y sonrientes. Los dientes eran sanos, iguales y de sorprendente blancura; los incisivos

¹⁵ El misionero salesiano B. F. M. Beauvoir ha compilado con la colaboración del padre J. Zenone, que vivió muchos años con los onas, un diccionario del idioma ona que tiene más de seis mil voces. Cfr. B. F. M. Beauvoir: *Los Shelknam, Indígenas de la Tierra del Fuego*, Buenos Aires, 1915.

eran bajos y en los hombres ancianos limados horizontalmente a causa del uso continuo que hacían de ellos como si fueran tenazas o herramientas para cortar o bruñir, y para preparar las pieles y tendones de guanaco y de foca.

A excepción de los cabellos, los onas no dejaban crecer sobre su cuerpo vello ninguno, y el deseo de parecer guapos los llevaba a arrancarse los pelos de la barba y las pestañas, por lo cual su rostro presentaba siempre un extraño aspecto juvenil, que hacía muy difícil adivinar su edad.



Hermanas onas

Los onas, como sus vecinos los yámanas, iban poco menos que desnudos; se cubrían sólo desde los hombros hasta las pantorrillas con una manta de pieles de guanaco o de zorro denominada *oli*, con el pelo hacia afuera, que sujetaban con el codo de la mano izquierda, la cual llevaba también el arco y el *carcaj* lleno de flechas.

Las mujeres usaban también la capa de guanaco que era algo más corta y, que a diferencia de la de los hombres, sujetaban alrededor de los hombros con dos tiras de cuero. Además llevaban siempre debajo de la capa una especie de pollera de piel de guanaco suave y flexible (*koyaten*) que daba una vuelta y media alrededor del cuerpo, desde los pechos hasta las rodillas, y ataban con cuerdecillas de cuero; debajo del *koyaten* llevaban un pequeño delantal del mismo animal con el pelo raspado.

Naturalmente un vestido tan sencillo era insuficiente defensa contra el intenso frío que reina en la Tierra del Fuego, sobre todo en invierno; pero la necesidad, secundada por su fibra sana y robusta, había formado en ellos, con la costumbre, casi una segunda naturaleza que los hacía muy resistentes y casi insensibles al frío.

La mujer cuando estaba de viaje llevaba sus criaturas sobre las espaldas bien acomodadas dentro del *oli* asegurándolas con tiras de cuero (*moji*).

Llevaban en los pies unas abarcas de piel de guanaco (*jamni*) con el pelo hacia afuera, que se ataban a los tobillos con una correa que unía los bordes a las extremidades.

Los niños de ambos sexos, ya desde la más tierna edad, usaban capas de guanaco como sus padres, pero de pieles más suaves. Si los niños se veían algunas veces corretear desnudos, las niñas llevaban siempre su pequeño delantal.

El sentido del pudor en las mujeres onas era de una sorprendente delicadeza. Esta ley de la reserva, tan conculcada hoy día por la moderna sociedad, se conservaba todavía en estos salvajes en toda su integridad y belleza.

Las groseras pieles de guanaco no alcanzaban a cubrir enteramente el cuerpo; mas en su comportamiento la mujer ona manifestaba siempre un delicado recato y un extremo cuidado en mantener cubierto el cuerpo.

Lucas Bridges, hijo del ministro protestante Tomás, que pasó toda su vida entre los onas, cuando vivían todavía en el estado salvaje, confirma este sumo recato de las mujeres. El mismo escribe: "Las reglas de la urbanidad ona permitían a los hombres hacer sus abluciones (si podían llamarse así) a la vista de la comunidad;

en cambio las mujeres las hacían en privado, ya sea ocultándose detrás de una capa o buscando la protección de un matorral. Se despojaban de su *oli* en cualquier momento, sin vacilar, pero no seguían descubriéndose a la vista de nadie, ni aun en sus propios hogares.

“Recogían el *koyaten* cuanto era necesario, mas nunca se lo quitaban”¹⁶.

Y en confirmación de cuanto escribe cuenta un episodio del cual él fue testigo mientras se encontraba de viaje en el interior de la Tierra del Fuego con un grupo de veinte indios, hombres y mujeres. Alcanzando un río que por el calor estival estaba crecido con el derretimiento de las nieves de las montañas, los hombres se despojaron de la capa y cruzaron el río llevando a los niños y los enseres sobre las espaldas. Cuando llegó el turno de las mujeres, éstas no quisieron condescender a las invitaciones de sus maridos de quitarse el *koyaten* y cruzaron el río con su pollera llegando a la orilla opuesta todas empapadas de agua.

El indio llevaba siempre la cabeza descubierta, y únicamente cuando iba de caza o a la guerra ceñía su frente con una especie de diadema o triángulo de cuero gris oscuro, que sacaba del testuz del guanaco y que sujetaba a la cabeza con un cordón de nervios finamente trenzados. La diadema que llevaba el brujo (*Kon*) solía ser blanca.

Los adornos de las mujeres consistían, como los de las yámanas y alacalufes, en collares de conchillas y de huesillos y en ajorcas de cuero que usaban en las muñecas y en los tobillos.

El tocado de la ona era muy sencillo; para aumentar y conservar su hermosura se untaba el cabello y la piel con grasa que derretía a la lumbre, consiguiendo de este modo un brillo y una suavidad que entre ellos eran muy apreciados.

Para peinarse usaban generalmente una mandíbula de tonina que, por la uniformidad y finura de sus dientes se prestaba muy bien a este objeto.

Tanto el varón como la mujer llevaban el cabello largo que dejaban caer uniformemente alrededor de la cabeza y sobre las espaldas, pero ordinariamente la mujer se lo cortaba horizontalmente sobre la frente a la altura de las cejas. Pero el arreglo en que los onas, especialmente los varones, ponían especial cuidado,

¹⁶ E. Lucas Bridges: *El último confín de la Tierra*, Buenos Aires, 1952, pág. 380.

dedicándole todos los días algún tiempo, era el de pintarse el cuerpo con varios colores, ya para aumentar su hermosura, ya para anunciar exteriormente sus sentimientos o ciertos hechos alegres o tristes: así, por ejemplo, el rojo significaba alegría, el blanco guerra y el negro luto. El rojo y el blanco los extraían de tierras arcillosas que hay en determinados lugares y el negro, del carbón pulverizado. Las pinturas las hacían disolviendo estas materias colorantes en grasa de guanaco o en aceite de foca, y con ellas se hacían dibujar por algún familiar líneas y puntos en el cuerpo, los cuales, según la forma y disposición, tenían un significado particular.

Trasformado horriblemente de este modo su semblante, el que adquiría mayor severidad y fiereza por la diadema que ceñía su frente, por las armas que llevaba y por las pieles de guanaco que envolvían su gigantesca persona, podía fácilmente colegirse la impresión y el terror que le ocasionaría a un viajero la repentina aparición de semejantes individuos así disfrazados, que más que seres humanos parecían demonios salidos de las entrañas de la tierra.

No es, pues, de extrañar lo que cuenta Bove, de cómo la repentina aparición de una patrulla de guerreros onas produjera tan intenso terror en el profesor Spegazzini y en su asistente Reverdito, los cuales, al ver delante de sí aquellos horribles rostros y los arcos y flechas dirigidas contra ellos, habrían dado su vida por cuatro centavos.

La necesidad de cambiar constantemente de sitio para proporcionarse el necesario alimento, según las estaciones del año, los obligaba a construir sus viviendas o toldos en forma muy sencilla y provisoria. Consistían en una manta grande de pieles de guanaco sin lana, cosidas unas a otras, embadurnada de tierra roja mezclada con grasa, de unos 4 metros de largo por 2,50 de ancho, la cual, por medio de anillos de cuero, que tenía en los bordes, se extendía y aseguraba al terreno por una decena de horquillas de 1,50 m. de altura, tendiéndola circularmente e inclinándola un tanto hacia el centro para que pudiera correr la lluvia como en un techo, sin penetrar en el interior.

Cuando cambiaban de campamento se convertían las mujeres en bestias de carga, pues sobre sus robustos hombros se colocaba el toldo entero arrollado y apretado entre las horquillas. En los pliegues del toldo colocaban las criaturas y los pocos enseres domésticos.

Los hombres, en cambio, no llevaban consigo más que el arco y las flechas, pero no vaya a creerse que lo hicieran para evitar el cansancio y la fatiga, sino para tener libre movimiento y dedicarse

durante el trayecto a la caza del guanaco y proveerse de carne para cuando la familia llegara al sitio designado.

Apenas llegados al campamento, plantaba la mujer el toldo con asombrosa rapidez, teniendo cuidado de colocar la entrada en dirección opuesta al viento dominante, que casi siempre es el del oeste o sudoeste. Abrían después en la periferia interior del toldo una zanja de unos treinta centímetros de profundidad y dos metros de largo y la llenaban de ramas y de hierba, las cuales con las pieles de guanaco formaban su no muy blando lecho durante el día y la noche. El centro del toldo se destinaba para el fuego que tenían constantemente encendido. El calor que se esparcía alrededor, al mismo tiempo que los preservaba del frío, atenuaba un poco la humedad del suelo. Si eran numerosos los miembros de la familia, o vivían juntas varias familias allegadas, juntaban varias mantas y formaban un toldo más grande.

En la región sudoccidental, donde abundaba la vegetación arbórea, construían su habitación de una manera más complicada y estable. Las débiles horquillas eran sustituidas con palos recios y derechos, que clavaban al suelo en un semicírculo juntándolos arriba en forma de cono dejando una abertura en la parte superior para dar salida al humo. Encima de estos palos, especialmente para tapar las rendijas e impedir la filtración del viento y de la lluvia, extendían una capa de barro, o hierba o pieles de guanaco.

Los muebles que adornaban tan mezquina cabaña, a más de las pieles de guanaco y de zorro y las armas para la caza y la pesca, se reducían a unos utensilios domésticos, que ocultaban entre las paredes del toldo y las pieles de su lecho. Consistían éstos en bolsas de cuero de varios tamaños; las más grandes, de piel de guanaco untadas de tierra y grasa, servían de cubo para acarrear agua, y las pequeñas, de piel de zorro, de foca, de coruro y de aves, contenían los objetos más preciosos, como la variedad de polvos para pintarse, los collares y demás adornos de las mujeres, los pedernales y la yesca para encender la lumbre, y los pocos instrumentos con que construían los arcos y las flechas.

Las únicas armas de que se servía el ona para la caza y la guerra eran el arco, la flecha y la honda ¹⁷. En la construcción de estas armas ponía toda su habilidad y empleaba gran parte del día, sirviéndose de afiladas piedras o de cuchillas que hacía con los aros de

¹⁷ En estos últimos años se han encontrado muchas boleadoras en la costa septentrional y oriental de la Tierra del Fuego donde vivían los onas, enterradas a un metro o dos de profundidad, lo que hace suponer que, en tiempos anteriores, los onas debían servirse de esta arma que estaba en uso entre los tehuelches.

los toneles que encontraba a lo largo de la costa, entre los restos de los naufragios. El arco era de haya o de leña dura (*Maytenus magellanica*), y la cuerda era de tendones de guanaco, que antes masticaba bien y después retorció y trenzaba, formando un cordón delgado y muy recio. El asta de la flecha era de madera de calafate (*Berberis buxifolia*) o de michai (*Berberis ilicifolia*), que pacientemente alisaba con cuchillos primero y después con el fuego para quitarle toda aspereza y dejarla bien redonda y derecha. En uno de sus extremos colocaba la punta de piedra o de vidrio y la sujetaba lo más fuerte que podía con delgadísimos nervios de guanaco, después de introducirla en una pequeña ranura del bastoncito asta. En la extremidad opuesta aplicaba el indio una pluma partida por la mitad, y también la aseguraba con nervios al asta. También los



El autor con el "Kon" (hechicero) Pacek

onas, al igual que los alacalufes y yámanas, tenían su perro indígena, *Canis lycoides* (*Pseus alopex lycoides*), carnívoro típico de la Tierra del Fuego, de pelo leonado como el del zorro europeo y de orejas erectas. Mucho lo apreciaban porque era su principal ayuda en la caza y su fiel guardián en la toldería. Con todo era feroz y de instintos sanguinarios; y como causaba estragos entre las ovejas, los estancieros lo hicieron blanco de una persecución tan despiadada, que a la vuelta de pocos años lograron hacer desaparecer completamente la especie.

En estos últimos tiempos los indios se servían de perros importados de los blancos, altos, ágiles, semejantes a nuestros galgos, que utilizaban en la caza del guanaco. En el museo salesiano de Punta Arenas, se conserva como una rara pieza un ejemplar embalsamado del perro indígena.

Cuando la familia se había establecido en su toldo, mientras la mujer desempeñaba los quehaceres domésticos, el hombre se dedicaba a la caza. En una región como la Tierra del Fuego, que carece en absoluto de alimentos vegetales, mientras abundan los animales, se comprende que haya consagrado el indígena todas sus facultades intelectuales y físicas a la caza, que le proporcionaba el alimento, y que pasara en esta ocupación casi toda su vida.

El animal más perseguido por los onas era el guanaco, que les proporcionaba carne en abundancia y vestido con que abrigarse.

Para cazar guanacos, por lo general se unían dos o tres hombres y exploraban los alrededores acompañados de perros hábilmente amaestrados para este fin. Cuando llegaban cerca del lugar donde pacían los guanacos se echaban a tierra y arrastrándose lentamente iban acercándose al guanaco, ocultando el cuerpo lo mejor que podían en las sinuosidades del terreno o detrás de las matas hasta que, después de no pocas paradas, para no despertar sospechas ni provocar alarmas, llegaban a ponerse a tiro de flecha¹⁸. Allí armaban el arco, y con la habilidad que les distinguía herían infaliblemente al guanaco en una parte vital. Otras veces, ayudados por los perros, obligaban al guanaco a pasar por senderos ya trazados, donde el indio en acecho lo hería de muerte con toda seguridad. Era tan grande la fuerza muscular de sus brazos que con suma facilidad tendía el arco y le daba a la flecha tal potencia que solía atravesar de parte a parte el cuerpo del animal a la distancia

¹⁸ En su viaje de exploración a la Tierra del Fuego, el capitán Serrano Montaner notó precisamente que tenían los onas muy callosas las rodillas, en especial la derecha, precisamente por el continuo arrastrarse a gatas, para ponerse a tiro de flecha de los guanacos.

de más de cincuenta metros. A pesar de estar mortalmente herido, el guanaco con frecuencia huía muy lejos. Entonces los indígenas les echaban los perros, los cuales los alcanzaban y les daban muerte con rabiosos mordiscos en la cabeza y en los ojos.

El animal más buscado después del guanaco era un roedor: el coruro o tucu-tucu (*Ctenomys magellanicus*) que abunda en toda la región nordeste de la Tierra del Fuego. Como estos animales viven en madrigueras subterráneas, los cazaban con un palo largo puntiagudo, siguiendo el trazado de la galería y tanteando el terreno para descubrir el punto preciso donde tenían el nido. Cuando lo habían descubierto, quitaban casi toda la tierra que había por encima, dejando apenas una bóveda muy delgada y débil. Se retiraban hecha esta operación, pero volvían el día siguiente cuando el animal estaba dentro de su nido, daban un fuerte talonazo sobre la bóveda de la madriguera, y así el tucu-tucu quedaba aplastado.

En la caza de las aves demostraban los onas una astucia y habilidad sorprendentes. La más provechosa e interesante era la que efectuaban durante la noche para apoderarse de bandadas enteras de cormoranes, avutardas o patos que duermen acurrucados a orillas de las lagunas, o en los barrancos a pique a donde no pueden llegar los zorros. Cuando conocían el lugar donde se escondían, elegían una noche oscura y se dirigían a él llevando una antorcha encendida en la mano izquierda y un palo en la derecha. Esta antorcha consistía en un manojo de plantas de motillas secas (*Pernetthia mucronata*), que arden bien y por mucho tiempo. Deslumbradas por la luz de las antorchas, revoloteaban espantadas las aves a todos lados y, finalmente las mataba el indio a estacazos.

Otro ingenioso medio para cazar las avutardas y los patos eran los lazos con nudo corredizo que hacían con las barbas córneas de la ballena, unidas con nervios de guanaco trenzados finamente.

Colocaban estos lazos en las inmediaciones de las lagunas o en los sitios donde abundaba mucho la hierba fina y tierna, pues eran estos los lugares más frecuentados por estas aves. Algunas veces, para lograr más fácilmente su intento, construían los onas un cercado pequeño con ramas clavadas en el suelo, dejando de trecho en trecho aberturas en las que ponían el lazo. Para salir de este recinto veíanse obligadas las aves a pasar por las aberturas y quedaban prisioneras en el lazo que les habían tendido.

La primavera era la época del año en que los onas podían con menos dificultades proveerse abundantemente de toda clase de alimentos. Precedía, ante todo, el período de los huevos de las avutardas o *caiquenes*, de patos, de gaviotas, etc., que encontraban a

porrillo desparramados por el llano, a la orilla de los lagos y lagunas y en la playa del mar. Seguía el de los pichones de las mismas aves que, incapaces de volar, eran fácilmente cazados por los perros. Lo mismo los huevos que la carne se comían cocidos o asados en las brasas o en la ceniza caliente.

Para encender el fuego golpeaban uno contra el otro dos pedazos de sílice o piedra mineral (pirita de hierro), que sacaban de alguños lugares montañosos de la isla, y usaban como yesca un hongo grueso, que, hecho secar, era conservado con mucho cuidado en bolsas especiales de cuero. Recogida la chispa por este hongo que se enciende y arde lentamente, producía la llama soplando y acercando pedacitos de haya putrefacta, blanca y ligerísima, que arde con suma facilidad.

Aunque sacaban del mar una parte de sus alimentos por medio de la pesca, no tenían los onas embarcaciones de ninguna clase, ni siquiera conocían el arte de la navegación. Pescaban solamente durante la marea baja, que en aquellas regiones alcanza enormes proporciones, calculándose en algunos puntos en trece metros de altura. Y como aquellas playas son bajas y están formadas por grandes bancos submarinos, cuando las aguas del mar se retiran, quedan éstos al descubierto por más de dos kilómetros.

Durante este tiempo las mujeres recorrían todas aquellas escolleras, recogiendo los moluscos, y rebuscando en los charcos debajo de las piedras donde descubrían los peces que diestramente ensartaban con sus pequeños arpones.

Los hombres se dedicaban a la pesca con una red que hacían con tendones de guanaco, la que medía dos metros de largo por uno de ancho. El lugar preferido era la costa del mar en la desembocadura de los ríos, en el momento en que la marea, que remonta varios kilómetros en el interior, bajaba arrastrando a los peces que habían entrado con las aguas. Para ello los indios penetraban en el río y disponían la red verticalmente sujetándola en su parte inferior con un pie y sosteniéndola en la superior con la mano. Cuando los peces daban contra la red los pescadores, con mucha destreza, los tomaban con la mano que les quedaba libre y los arrojaban a la playa.

Perseguían también encarnizadamente a las focas o lobos marinos, cuando estos animales salían a descansar en la playa; pero, más que pesca ésta era verdadera caza, que hacían con arco y flecha o a garrotazos.

En cuanto a sus costumbres matrimoniales no hay mucho que decir.

El matrimonio se efectuaba muy temprano: de 12 a 14 años las mujeres y de 14 a 16 los hombres. Algunas veces, sin embargo, los jóvenes se casaban con mujeres de más edad, por sus mejores cualidades o su mayor ascendiente en la tribu; en general elegían compañera entre las mujeres que pertenecían a grupos de familias que vivían en buena relación con la propia tribu.

Cuando el joven hacía su demanda al padre o a la madre de la joven, ofrecía como compensación una determinada cantidad de pieles, carne de guanaco, etc. Pero, casi siempre era el padre o la madre los que buscaban esposa al hijo propio y solicitaban el consentimiento de sus padres. La joven no era consultada para la elección del esposo: sus padres la entregaban a aquel que más le convenía a ellos, y, si había varios pretendientes, al más fuerte o aquel que tenía más prestigio o que podía hacer mayores regalos.

Generalmente existía un consentimiento mutuo entre el joven y la muchacha por recíproca simpatía y afecto; pues los matrimonios solían efectuarse entre conocidos o entre personas que vivían en relaciones amistosas. El joven, cuando había conocido una muchacha de su gusto, iba frecuentemente al toldo en donde vivía, se sentaba cerca del fuego, la miraba largo rato, le hablaba a escondidas, y, una vez entendidos, la pedía al padre. Existían, sin embargo, formalidades de compromiso que diferían de tribu a tribu, según he podido comprobar yo mismo durante las averiguaciones que hice en distintos lugares.

Algunos onas del sur, que vivían cerca del lago Fagnano, me aseguraron que el novio, en las visitas que hacía todos los días al ponerse el sol al toldo de la prometida, tenía que darle las espaldas al futuro suegro y no dirigirle la palabra, costumbre que tenía que mantener toda la vida.

En un principio el joven llegaba cada día más cerca del toldo, hasta que finalmente entraba, pero de espaldas y por otra puerta que el futuro suegro había abierto expresamente para él, después de agrandar el toldo. Cuando el novio era admitido formalmente en el toldo, el matrimonio se consideraba realizado.

Algunas veces los desposorios iban acompañados de ciertas ceremonias y galanterías. El joven tomaba su propio arco y se dirigía al toldo de la joven con quien deseaba casarse, y sin decir una palabra, le entregaba el arco. Si la joven se lo devolvía, y esto generalmente solía hacerse por medio de un niño, quería decir que la muchacha no consentía en el matrimonio; si por el contrario, iba ella misma al toldo del pretendiente, para res-

tituírselo con sus propias manos, era señal de que consentía en ser su esposa.¹⁹

No faltaban, sin embargo, matrimonios *extra mores* por falta de consentimiento de parte de la muchacha o de sus padres, lo cual sucedía por lo general cuando el indio se enamoraba de una joven de otra tribu. En estos casos recurría a la astucia y a la violencia hasta que lograba poseer a la persona amada.

Otro modo de casarse era el de apropiarse las mujeres prisioneras, cuando se conseguía la victoria sobre cualquier tribu enemiga.

También entre los onas estaba muy difundida la poligamia, considerada como una costumbre requerida por las exigencias de la vida; por lo general, el número de las esposas era de dos o tres.

Diversamente de cuanto podría suponerse, la llegada de una segunda o tercera mujer al hogar doméstico no causaba disgusto a la primera, pues se las consideraba una ayuda para el desempeño de los quehaceres domésticos. Muchas veces era la misma mujer la que incitaba a su marido a que tomara una segunda esposa y, para que no se turbara la paz de la familia, la elección solía caer en una hermana o amiga de la primera.

Esta era la única parentela que admitía el ona en el matrimonio, evitando casarse con una consanguínea, pues no desconocía el fenómeno de la degeneración de la especie, que se sigue de estas uniones.

Cuando la esposa estaba próxima a dar a luz, se entregaba a una labor asidua y fatigosa, para que la criatura que estaba por nacer fuera sana y fuerte y tuviera amor al trabajo.

El parto se realizaba en el toldo con la asistencia de la madre o de una anciana de la tribu, y la púérpera pocas horas después reanudaba sus quehaceres ordinarios. Durante los días que seguían al parto se sometía a un régimen especial de comida, alimentándose exclusivamente de peces, moluscos, frutas y aves, y no probaba ni carne ni sangre de guanaco; y si se encontraba junto al mar, solía tomar baños de purificación.

Los hijos que nacían de estos matrimonios eran siempre sanos, robustos y bien aptos para soportar la rigidez del clima, lo cual se explica por la excelente constitución de los padres.

Los primeros cuidados que le prodigaban al recién nacido eran envolverlo en blandas y mullidas pieles de guanaco o de aves,

¹⁹ Lucas Bridges asistió en las tolderías de indios de Harberton, a una de estas solicitudes de matrimonio, hecha por un joven ona que, habiéndose enamorado fuertemente de una muchacha y habiéndola pedido por esposa, vio rechazado por dos veces su arco. Pero la tercera vez le fue devuelto por la misma muchacha al joven, mientras, entristecido por las negativas, andaba vagando por la floresta vecina.

y ponerle una visera de cuero sobre los ojos, para que la luz no le perjudicara la vista, pues creían que de este modo se hacía más aguda y poderosa.

Sometíase también por algún tiempo al niño a masajes por todo el cuerpo con un ungüento compuesto de greda y saliva; era una vieja costumbre que conservaban sin saber qué ventajas podía traerle al niño.

Pocos días después del nacimiento, las madres colocaban al recién nacido en una especie de cuna, en forma de escalèrita de mano de un metro de largo poco más o menos, en la que lo ataban con una larga faja de cuero, después de haberlo envuelto en pieles de guanaco. Esta cuna la clavaban en el suelo en una de las extremidades donde los palos eran puntiagudos, quedando así el niño en posición inclinada al lado de la madre que estaba siempre vigilante y pronta a darle el necesario sustento. Entre tanto, el niño había recibido un nombre, que casi siempre indicaba el lugar donde había nacido, o una calidad o defecto corporal, o alguna circunstancia especial que tuvo lugar durante su nacimiento.²⁰

Los hijos pasaban los primeros años bajo la tutela inmediata de su madre; pero los varones, cuando tenían ya la fuerza y el desarrollo suficiente, el padre los adiestraba en el manejo del arco, en las caminatas y en la carrera, y los obligaba a vivir a la intemperie para que crecieran sanos y robustos y adquirieran mucha destreza y resistencia.

Cuando el joven había llegado a la edad de 14 años, los hombres de la tribu lo sustraían a los cuidados maternos para ascenderlo a la categoría de los hombres adultos, con la revelación de algunos misterios tradicionales, sometiéndolo antes a una serie de pruebas, de las que debía salir vencedor. Esta solemne ceremonia llamada *Klóketen* (novicio) por el nombre que tomaba el joven cuando entraba en el período de las pruebas, se celebraba todos los otoños, en sitio apartado de la floresta, o en el interior de los montes. La historia de esta importante ceremonia es por demás interesante.

Desde tiempo inmemorial se trasmitían los onas la tradición de que, en remotas épocas, tenían las mujeres dominio absoluto sobre

²⁰ He aquí algunos de estos nombres:

Kosch-tell = cara pequeña

Kosch-toon = cara grande

Kosch-poten = cara roja

Otr-sos = Un ojo solo (tuerto)

Kamen-koiner = cuello largo

Ko-Kosh = dos caras (para los calvos)

Or-Káten = nariz achatada

Ceu-nam = mano quemada

Kau-mar = herido en la cara

Mesten = dormilón

C'ion elesac = hombre verano (porque había nacido en esa estación)

Olka = lágrima (porque lloraba mucho)



Familia ona en su toldo

los hombres, los cuales estaban reducidos a ser esclavos y obligados a desempeñar los más bajos y duros menesteres.

Para mantener en vigor tan titánico dominio, cuentan ellos que las mujeres, hábilmente enmascaradas, se les aparecían a los hombres en distintas formas, representando espíritus imaginarios, a los que sus supersticiosas creencias les atribuían un poder sobrenatural.

Esta estratagema de las mujeres se conservaba en el más riguroso secreto. Pero un día, debido a una imprudencia de una de ellas, los hombres descubrieron el secreto, y fué tal la indignación, que tomaron terrible venganza, matando a todas las mujeres, exceptuando a las muchachas, que todavía no estaban enteradas del secreto.

De esta horrible carnicería — sigue la tradición — lograron ponerse en salvo sólo cinco mujeres que se trasformaron una en la luna y las otras cuatro en aves que viven todavía hoy en la Tierra del Fuego.

Entonces los hombres valiéndose de la misma astucia que las mujeres habían usado antes contra ellos, crearon otros espíritus, y con una serie de terribles apariciones obtuvieron el ambicionado dominio sobre las mujeres.

Estos fingidos espíritus, que los onas materializaron en los mismos objetos que los rodeaban, como ser las piedras, los árboles, el cielo y las nubes, eran ocho: a cada uno de ellos se le asignaba el papel que debería de desempeñar en la función teatral a realizar durante el período del *Klóketen*, y se los distinguía fácilmente por el característico modo de vestirse, por los colores, y más que todo por la misión que desempeñaban en bien o en mal. Los indios que ordinariamente representaban estos papeles eran los brujos que demostraban mayor habilidad para enmascararse y hacer juegos de prestidigitación. Naturalmente, los onas conservaban en estricto secreto todas estas imposturas y amenazaban con la muerte al que se atreviese a revelarlas.

Pero antes de manifestar este secreto a los jóvenes *Klóketen*, los cuales por el hecho de haber llegado a la puberdad ofrecían una segura garantía de conservarlo fielmente, los obligaban a vivir quince días solos en un lugar solitario de la floresta, cazando guanacos para comer, y sometiéndolos a fatigas y privaciones de toda clase, sin que les fuera permitido manifestar exteriormente ningún dolor. Les imponían además un régimen alimenticio severísimo, prohibiéndoles principalmente los alimentos más apetecidos, buscando luego aterrorizarlos y poner a prueba su coraje, sometiéndolos a numerosas apariciones de espíritus, las cuales aparentaban ya salir de las entrañas de la tierra, ya descender del cielo, ya andar vagando misteriosamente por la floresta.

Una vez superado este período de pruebas, en el que los *Klóketen* habían recibido también severísimas amonestaciones por las faltas cometidas y normas prácticas y sabias para su vida, empezaban las ceremonias solemnes de la aparición de los falsos espíritus en presencia de todas las familias de las tribus vecinas que tenían novicios, reunidas en el lugar designado de antemano, ceremonias que como ya he dicho tenían por fin infundir temor en las mujeres para mantenerlas sumisas en todo a los hombres.

Completamente desfigurados en su cuerpo por medio de diversas pinturas y ocultando su rostro con una máscara grande de cuero pintarrajeado, los espíritus aparecían en público precedidos de unos

veinte hombres desnudos, que bailaban fantásticamente formando una hilera larga con los brazos en cruz y con el cuerpo surcado por fajas pintadas de distintos colores como cebras. Apenas aparecían los espíritus, las mujeres prorrumpían en gritos estridentes y lastimeros y se echaban de bruces al suelo tapándose la cara con las manos, porque si no morirían. Comenzaban entonces a desarrollarse los distintos papeles asignados a dichos espíritus.

Algunos eran muy temidos por su crueldad, pues entraban furiosos en las chozas y golpeaban a los niños y a las mujeres, particularmente a aquellas que, según indicación del marido, habían sido poco dóciles durante el año, robaban las criaturas y herían o mataban a los hombres. Otros eran más benignos y tenidos por doctores (*kon*), pues poseían el poder de curar instantáneamente las heridas recibidas de los espíritus malignos, restituir a las criaturas y hacer resucitar a los muertos. La complicidad de los otros indios adultos, que habían sido prevenidos y fingían estar poseídos del mismo temor de las mujeres, mientras ayudaban a los supuestos espíritus en sus operaciones, les daban un seguro y brillante éxito a estas funciones carnavalescas.

Terminadas estas ceremonias, que a lo más duraban tres semanas, los hombres les revelaban a los *Klóketen* el misterio, diciéndoles que todo lo que habían visto en aquellos días no era más que una ficción para engañar y mantener sumisas a las mujeres. Y después de hacerles jurar solemnemente que mantendrían el secreto bajo pena de muerte, todavía quedaban un año los jóvenes bajo la tutela de sus padres y después se les admitía definitivamente en la categoría de los hombres adultos; podían casarse y formar una familia.

Este secreto tan rigurosamente mantenido, lo habrían ignorado siempre los civilizados si los indios, por una especie de relajamiento de las creencias que vinculaban a antiguas tradiciones, ocasionado por el frecuente contacto que tuvieron con los civilizados, no se hubieran expuesto al peligro de manifestarlo como sucedió en efecto.

Los primeros que conocieron la urdimbre de estas escenas dramáticas y los falsos dioses de este nuevo Olimpo, fueron los hermanos Lucas y Guillermo Bridges, hijos del pastor evangélico Tomás Bridges, los cuales vivieron desde su juventud en íntimo y familiar contacto con los onas, de los que aprendieron a la perfección el idioma y las costumbres, y para con los cuales no guardaron secreto alguno los onas.

La organización social de los onas es completamente rudimentaria, como ya hemos dicho. No hay entre ellos un jefe que represente la autoridad sobre determinado número de individuos, y el único vínculo social lo constituye la mera agrupación de familias,



Grupo de indios onas

unidas, comúnmente, por los vínculos del parentesco, las cuales van de un lugar a otro en busca de los medios de subsistencia.

El hombre es el jefe de la familia, al que deben obedecer ciegamente todos sus miembros; la unión de varias familias corresponde únicamente a la recíproca ventaja de la sociabilidad. Esto no obstante, el brujo (*Kon*) ejerce un notable influjo sobre los componentes de la tribu, no por herencia o por elección, sino exclusivamente por el ascendiente moral que consigue con su ciencia y sus dotes de habilidad y destreza charlatanesca.

Por vaga que fuera la noción del bien y del mal, todo grave delito contra la moral y la justicia, como el homicidio y el adulterio, lo castigaban con la muerte del culpable o con su expulsión de la tribu.

Antes de que los civilizados ocupasen sus tierras, estaban animados los onas de fuerte espíritu guerrero, que los arrastraba a sangrientas luchas contra las tribus vecinas.

Daban, por lo general, motivo a ellas el rapto de alguna mujer o la invasión de tierras propias, deslindadas por accidentes del terreno, como ríos, montañas o promontorios.

Muchas veces provocaban la guerra las insinuaciones del brujo (*Kon*), cuando aseguraba que la enfermedad o la muerte de algún miembro de su tribu la había provocado el brujo de la tribu enemiga.

Declarada la guerra, el indio, habilísimo rastreador, espiaba los movimientos del enemigo, seguía su rastro, lo esperaba oculto durante horas entre las sinuosidades del terreno o en la oscuridad de la floresta, y llegado el momento propicio, atacaba en orden disperso arrojando sus flechas mortales.

En estas peleas no tenían un jefe determinado sino que obedecían a los más ancianos, que les indicaban los movimientos; toda su táctica consistía en caer de improviso sobre el enemigo, sorprendiéndolo desprevenido y colocándose en situación ventajosa, dispuestos a vencer o morir.

Combatían enteramente desnudos, pero con el cuerpo horriblemente pintado de rojo y blanco, y con la frente ceñida del tradicional triángulo de cuero (*goulcheltg*). Enrollaban en forma de ovillo la piel de guanaco y se la ponían pendiente delante del pecho o en las espaldas para que les sirviese de escudo contra las flechas. Mientras combatían no se estaban quietos un momento, sino que brincaban continuamente a la derecha y a la izquierda con el fin de no presentar un blanco firme al enemigo.

Cuando uno de los contendientes estaba próximo a ser vencido, abandonaba el campo a su enemigo; los prisioneros se mataban sin remisión y si eran niños y mujeres pasaban a ser propiedad de los vencedores. Pero, si el ona sorprendía a un enemigo enfermo o desarmado, no lo mataba, y muchas veces se portaba como verdadero caballero con sus enemigos perdonándoles generosamente la vida.

No es el caso de hablar aquí de otras formas rudimentarias de trabajos prácticos además de los que ya conocemos.

Las mujeres hacían pequeños canastos de juncos y curtían a perfección las pieles de guanaco, que después juntaban y cosían unas con otras finísimamente con nervios del mismo animal. Cuando fueron recogidas en las Misiones Salesianas, las mujeres aprendieron de las Hermanas a hilar y a tejer la lana con mucha maestría, y los hombres salieron hábiles fabricantes de redes.

Por las razones que hemos expuesto, no podía hablarse de co-

mercio entre ellos. Tiempo atrás hacían los onas algún intercambio de carnes y pieles de guanaco con los alacalufes, de los que recibían en cambio grasa de ballena y pescados secos.

Los onas del sur daban a los del norte arcos y flechas, a cambio de guanacos, tierra para pintarse y collares de conchillas marinas. Pero cuando llegaron los civilizados aumentó el intercambio de productos, especialmente el de las pieles que los indios cedían a cambio de armas de fuego, comestibles, prendas de vestir y bebidas alcohólicas.

Los onas desconocían por completo las reglas de cortesía y de urbanidad: las consideraban como actos de debilidad, que repugnaban a su congénita fiera. Cuando al regresar de un largo viaje un indio entraba en su toldo o en el de un amigo, todos los presentes permanecían mudos y no se cambiaban el menor saludo; tan sólo al cabo de un buen rato empezaba la conversación sobre cosas baladíes, que no tenían ninguna relación con el viaje y sus peripecias, las cuales el viajero expondría en los días siguientes. Asimismo eran totalmente desusados los actos exteriores de gratitud por un objeto que se recibía en regalo y los de maravilla y estupor ante un fenómeno jamás visto, pues, aunque no eran insensibles a estos sentimientos y les impresionaban intensamente, no querían manifestarlos para no parecer chiquillos.

El disimulo que practicaba el ona en las sensaciones agradables con la impassibilidad de su rostro y el mutismo absoluto, lo tenía también para las sensaciones dolorosas, las fatigas y las privaciones, con admirable imperturbabilidad, que suponía en él una fuerza de ánimo poco común.

Cuando el ona había provisto con abundancia de carne a su familia, pasaba gran parte de su tiempo en el *dolce far niente*; a lo sumo, pensaba en el cuidado de sus armas de caza. De vez en cuando dedicaba unas horas a ejercicios gimnásticos, especialmente al tiro de la flecha, a las carreras y a la lucha.

En el manejo del arco demostraba sorprendente habilidad y acierto para dar en el blanco, imprimiéndole una fuerza extraordinaria a la flecha. Según testimonio del misionero salesiano P.F. Del Turco, que hizo realizar por un indio, en su presencia, varios ejercicios de tiro, una flecha fue enviada a 260 metros de distancia; y otra, a 80 metros, atravesó una tabla de 3 cm. de espesor.

La lucha se celebraba siempre con gran solemnidad e interés, asistiendo las mujeres sentadas en semicírculo alrededor de los luchadores. Se verificaba entre los hombres más fuertes y robustos de dos tribus distintas o también entre dos individuos solos, para poner en evidencia la superioridad de sus propias fuerzas.

Cada grupo de indios tenía su médico (*Kon*), y a veces este oficio solía también desempeñarlo alguna vieja hechicera.

Toda la fama del brujo provenía de su habilidad para curar a un enfermo, y como carecía de medicinas que pudieran curar al paciente, recurría a la autosugestión, haciéndole creer al enfermo que su enfermedad (*cuake*) había sido producida por cuerpos extraños, que habían penetrado en su cuerpo, como puntas de flecha, huesecillos, etc., por el poder maléfico de algún brujo de una tribu enemiga.

Estos objetos los ocultaba hábilmente el *Kon* en su boca y fingía extraerlos del cuerpo del paciente, después que había hecho alrededor de él numerosos exorcismos, pronunciando imprecaciones contra el brujo causante de la enfermedad. Terminaba después la "curación" con fuertes masajes sobre la parte enferma, de la cual simulaba absorber con la boca el objeto maléfico, lanzándolo en alto con poderosos soplos. Si el enfermo no sanaba, el médico encontraba siempre una escapatoria, y entonces afirmaba que los objetos que debían extraerse eran muy numerosos y el enfermo debía morir; en este caso la palabra del *Kon* se consideraba infalible; y su fe supersticiosa había llegado hasta el punto de dar la muerte al paciente estrangulándolo para abreviarle, decían ellos, los sufrimientos.

No sólo tenía el *Kon* el privilegio de curar las enfermedades, sino también el de enviar a grandes distancias el *cuake* (enfermedad ocasionada por un espíritu maligno), y producir la muerte de un enemigo. Estas muertes, debidas ciertamente a causas naturales, pero de las que el *Kon* sabía sacar el mejor partido para excusarse cuando moría un enfermo que él no había podido salvar, despertaban odios mortales entre tribu y tribu, que duraban años y años y eran causa de luchas continuas y el exterminio de familias enteras.

A más de la curación de los enfermos, el *Kon* tenía el oficio de hacer conjuros contra el mal tiempo y contra algunos fenómenos naturales como el eclipse de la luna, del que tenían temor grandísimo, pues lo creían causa de grandes males.

En febrero de 1910, siendo huésped de una numerosa tribu acampada junto a las orillas del lago Fagnano, pude inducir al brujo a que repitiera el exorcismo que solía hacer contra la luna. Mientras en el corazón de la noche hacía el brujo sus solemnes gesticulaciones y lanzaba poderosos bufidos contra el cielo, impresionaba yo a la luz del magnesio, y sin que lo notaran los indios, una fotografía (que reproduzco). El efecto que produjo en aquella pacífica asamblea el poderoso relámpago del magnesio, fué aterrador. Se siguió una desbandada general acompañada de alaridos y

gritos, y el brujo, que indudablemente me tomó por un ser superior dotado de algún poder maléfico, corrió hacia mí, lanzando todos aquellos conjuros e imprecaciones que debía hacer contra la luna.

Con mucho trabajo y paciencia logré tranquilizarlos algo, explicándoles la causa de aquella luz, que no producía daño alguno; pero no pude persuadirlos del todo, tan grande había sido el susto que se habían llevado.

Una de sus fiestas más solemnes era la noche de plenilunio. Hacían entonces una algarabía endiablada, que llenaba de gritos el valle y los montes en donde estaban acampados. El motivo de estos descompuestos gritos de alegría era la superstición que tenían de creer que la luna nueva (creciente) crecía alimentándose con la carne de las criaturas, y por consiguiente, llegando el plenilunio, se alegraban de esta liberación, porque, llena la luna, ya no tenía necesidad de alimentarse.

La muerte de un indio era muy llorada y sentida por sus parientes, que exteriorizaban su dolor con altos y prolongados gritos y llantos, tajeándose la cara, los brazos y el pecho con trozos de vidrio y de conchillas. Quemaban inmediatamente todos los objetos y las prendas de vestir que habían pertenecido al difunto, salvando sólo su manta de guanacos, en la que envolvían el cadáver. Este lo colocaban luego entre unas estacas que ataban fuertemente a su cuerpo con una larga faja de cuero dejando descubierta únicamente la cabeza y enterraban el cadáver a poca profundidad en un lugar apartado, cubriéndolo con ramas y piedras pesadas para que los perros y los zorros no lo desenterraran y comieran. Los brujos (*Kon*), en cambio, se enterraban con la cara hacia abajo, pues creían que de este modo no podían mandar las enfermedades a los vivos.

Las señales de luto en los parientes más próximos de ambos sexos consistían en cortarse el cabello de la parte superior de la cabeza, dejando una corona alrededor de la misma como la tonsura de los frailes; en pintarrajearse la cara y el cuerpo, durante seis meses, y a veces más; en pasar todos los días, al salir y ponerse el sol, casi una hora entonando cantos monótonos y melancólicos.

Después de las pacientes investigaciones hechas por los misioneros salesianos desde el principio de su apostolado, ha podido demostrarse que estos indígenas, contrariamente a lo que aseguraban algunos viajeros y entre ellos el naturalista Darwin, tenían un concepto muy claro de Dios y admitían la inmortalidad del alma. Creían en efecto en un Ser supremo, invisible, creador de todas las cosas y que tenía el dominio sobre todos los demás seres, llamado *Timaukel* o *Timaulk*. Ningún acto de culto externo tributaban

a este Ser supremo, y casi ni siquiera lo nombraban por una especie de temor y respeto.

Creían también en algunos espíritus malos, entre los cuales eran muy temidos los que llamaban *Ksortu* (masculino) y *Alpe* (femenino).

Después de la muerte, los buenos iban — según ellos — a lo alto, por encima de las nubes *Kónik-Sción* (dentro del cielo), a un lugar delicioso, donde abundaba toda clase de caza; los malos, por el contrario, iban a un lugar de suplicio, donde reinaba gran oscuridad y frío.

Creían que los doctores (*Kon*) conservaban también después de muertos su poder de mandar enfermedades a los individuos de las tribus enemigas; admitían la metempsicosis, por la cual se transformaban las almas, después de la muerte, en seres o fuerzas que obraban en la naturaleza.

Poseían los onas una interesante colección de mitos que se transmitían de generación en generación con gran escrúpulo, por boca de un *Kon* o de un anciano de la tribu, en las horas de descanso, mientras todos los indios sentados alrededor de la lumbre, escuchaban con la mayor atención y el más religioso silencio. Con estos mitos buscaban explicar la existencia de los cuerpos celestes y sus fenómenos (eclipses) y de los seres que los rodeaban, en los que creían habían transmigrado los antepasados (metempsicosis), especialmente algunos héroes célebres por sus hazañas.

El florecimiento que se ha notado en estos últimos años de los estudios etnográficos sobre los indios fueguinos ha puesto de relieve a una importante tribu, casi olvidada, llamada *Hauwh* o *Manekenkn*, que hasta hace pocas décadas vivía numerosa todavía entre la Bahía Buen Suceso y el Cabo San Pablo, teniendo como principales asentamientos la bahía Tethis y las caletas Falsa y Policarpo.

Muchos de los antiguos navegantes que tocaron aquellas costas, empezando por los Nodales (1619) y llegando a Fitz Roy, conocieron las costumbres de los indios *hauwh*, pero ningún dato preciso tenemos hasta la llegada del misionero Tomás Bridges, que estudió su lengua, dejándonos en su diccionario inglés-yámana, de quinientas a seiscientas palabras *hauwh*, bajo la denominación de *ona* oriental.

Pero las únicas descripciones etnográficas que poseemos de estos indígenas, hechas en la misma región por ellos habitada y cuando eran todavía numerosos, son las del explorador D. Ramón Lista y del Dr. Segers, que visitaron esta región durante un largo viaje de exploración organizado por el Gobierno argentino en 1886.²¹

²¹ *Viaje al País de los Onas*, por Ramón Lista. Buenos Aires, 1887.

Doctor Polidoro A. Segers: *Hábitos y costumbres de los indios onas*, en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*. Buenos Aires, 1891, Tomo XII, cuadernos 5-6.

El lenguaje de esta tribu era distinto del de los onas que habitaban más al norte, como lo notó Tomás Bridges cuando escribió que los onas del oeste entendían con dificultad a los del este; pero estas diferencias, aunque muy notables, eran tan sólo dialectales. El prof. Antonio Tonelli, con la cooperación del misionero salesiano D. Juan Zenone, redactó en 1915 un pequeño diccionario de vocablos de los indios *haush* con más de mil vocablos recogidos en gran parte de boca de una india *haush* que vivía en nuestra misión de Río Grande.²²

Los cotejos hechos dan un 30 % de las palabras *haush* idénticas a las de los ona-tehuelches. Los indígenas de la bahía Tethis que R. Lista y el Dr. Segers han descrito minuciosamente eran, por su constitución corpórea y su cultura, fundamentalmente de la raza ona. Si existía alguna diferencia somática entre ellos, se debía en gran parte a la influencia de los yámanas con los que tuvieron frecuentes relaciones y a menudo contraían matrimonios. La poca diversidad que se ha notado en sus costumbres y en la mitología ha sido causada sin duda alguna por el largo aislamiento en que ha vivido esta tribu, que en lejanas épocas se había separado de la familia ona del norte y había quedado segregada a causa de la configuración montañosa del terreno.

La extinción de los fueguinos, que ya es casi total, no puede menos que causar un sentimiento de pena y dolor. Antes de la llegada de los blancos civilizados, pasaban sus días estas pobres e inofensivas poblaciones libres de afanes y de preocupaciones, en la quietud y en el descanso, sin grandes trabajos, porque en la tierra que habitaban hallaban cuanto era necesario para la vida.

Para conocer íntimamente el atractivo de aquella vida nómada y primitiva, era necesario haberla vivido como la hemos vivido nosotros, haberse internado en la soledad de aquellos valles, haber recorrido aquellas misteriosas florestas, en donde los pocos sobrevivientes de esta raza, ocultos al ojo profano del civilizado, pedían, únicamente, que no se les molestara en su lenta agonía.

Sólo entonces, después de larga y familiar vida con ellos, vencida su natural desconfianza y reserva podía apreciarse, no digo el encanto, pero sí la serenidad de aquella vida sencilla y primordial, que se deslizaba bajo el majestuoso techo de la naturaleza.

Tales fueron, en efecto, mis impresiones cuando en mis andanzas tuve muchas veces ocasión de entretenerme y convivir con estos indígenas en las agrestes soledades del lago Fagnano.

²² Antonio Tonelli: *Grammatica e glosario della lingua degli Ona-Shelnam della Terra del Fuoco*. Torino, 1926.



Hechicero (Kon) conjurando el eclips



e luna ante un grupo de indígenas

No olvidaré nunca mis impresiones cuando en un hermoso día, al apagarse los rayos crepusculares, mientras la naturaleza emitía hálitos misteriosos de ternura, contemplaba aquellas miserables chozas, ocultas en el interior del bosque, animarse como por encanto y brillar poco a poco en la oscuridad de la noche bajo los resplandores rojizos de los numerosos fuegos, como si entonces la floresta se hubiese poblado de superhombres salidos de repente de las entrañas de la tierra.

Alrededor de los fuegos, acurrucados, descollaban las formas atléticas, semidesnudas de los hombres, cuyos rostros, en parte velados por una espesa cabellera, aparecían al centelleo de las llamadas como los de seres fantásticos, héroes de un mundo legendario.

Hablaban en su lenguaje con sonidos truncos, guturales, y comentaban los acontecimientos del día o reanudaban la narración de sus tradicionales leyendas hechas por el doctor (*Kon*) o por uno de los más ancianos, al cual todos los presentes prestaban oído en el más religioso silencio.

Con el avanzar de la noche cesaba la conversación, y a medida que el sueño se apoderaba de los presentes, más solemne se volvía el silencio alrededor, interrumpido tan sólo por el ladrido de los perros que se despertaban por algún ruido misterioso que llegaba de la floresta. Lánguidos haces de luz se desprendían de los fuegos medio apagados, alumbrando aquel humilde y atrayente cuadro de la naturaleza, donde resplandecían todavía en todo su vigor los últimos representantes de una primitiva estirpe, buena y fuerte.

Ya acabaron para siempre los genuinos idilios de una vida que no conocía aprensiones.

Ya no volverán a ver aquellos valles solitarios y aquellos nevados montes a su antiguo señor, en cuya compañía habían compartido por tantos siglos las duras luchas contra los vientos y las tempestades, saboreando las infinitas dulzuras de los plácidos ocasos, lo primordial de las fiestas y los atractivos de las pingües cacerías.

Ya no se volverá a oír más en las invioladas florestas, en la quietud profunda de una noche de luna, las antiguas leyendas del héroe *Kuanip*, hijo de la Montaña roja, y de su infortunada esposa la seductora *Okhta*, trasformada en murciélago³. El *koliot* (forastero) llegado de remotos países, sediento de riquezas y dueño de armas mortíferas, muy pronto acabó su nefasta obra, destruyendo para siempre la secular felicidad de esta raza primitiva que vivía solitaria e inofensiva en las más singular región de la Tierra.

²² A. Coiazzi: *Gli indi dell' Arcipelago Sueghino*. Torino, 1911.